

LA FUNCIÓN EDUCATIVA DE LOS RELATOS (BÍBLICOS)

Los relatos bíblicos pretenden reflejar la vida humana para expresar de qué forma Dios se halla en el corazón de la existencia. Por eso pueden educar en un cierto modo de vivir, como lo muestran las repetidas invitaciones a contar a los hijos las historias del pasado. Lo hacen estimulando al lector a juzgar, reflexionar, actuar. Es lo que hace Natán con David (2 Sam 12, 1-6) y la parábola del “buen Samaritano” que Jesús cuenta a un jurista (Lc 10, 25-37). Partiendo de estas historias veremos las condiciones para un buen uso educativo de los relatos bíblicos.

Salmanticensis 63 (2016) 45-62

Introducción

La Biblia es un libro en el que encontramos historias de todo tipo. Relatos míticos, como la creación del mundo o los orígenes de Israel. Largos relatos de apariencia histórica, como los reyes y los profetas. Historias de ficción como Jonás, Esther, Ruth o Tobías. El Nuevo Testamento contiene cuatro largos relatos de la vida de Jesús y otro sobre el nacimiento de las primeras comunidades. En estos libros hay distintos géneros de narración: milagros, encuentros y controversias, hasta los grandes relatos de la pasión y resurrección de Jesús.

Aunque los textos religiosos de la Antigüedad conocen el género narrativo, los autores de Israel inventaron un género nuevo: “prosa de ficción historificada” (Herbert

Schneidau), que constituye el “carácter innovador de la literatura bíblica”. Según Robert Alter, los grandes poemas religiosos antiguos son resultado del universo estático de la mitología así como de los rígidos códigos de la poesía antigua. La prosa bíblica refleja “la complejidad de la condición humana” asumiendo la indeterminación de la libertad. Así puede hacer de Dios un personaje narrativo, otorgarle proyectos y contar su realización en la historia de un pueblo, dando cuenta de la tensión entre su diseño y la aventura humana, entre la voluntad divina y la libertad humana.

El relato proporciona a la Biblia una trama, formando un “telón de fondo” en el que adquieren sentido los diversos tipos de texto. A menudo, en los dos Testamentos, estos textos se refieren a los

relatos, apoyándose en sus episodios y personajes. La Biblia no propone ideas o verdades sobre Dios, ni siquiera consejos de vida. Son relatos de la experiencia que el Israel antiguo ha creído tener de su Dios, que se mezcla en la vida de mujeres y hombres concretos, personas y grupos al ritmo de su historia.

Lo que en la Biblia se narra de Dios, de los seres humanos y sus relaciones no se presenta como una verdad única y definitiva. Es una verdad fluida, cambiante, dispuesta a entregarse al lector que acepte entrar en el juego del relato. Esta verdad tomará forma en el destinatario al hilo de su diálogo con el texto y con aceptación del riesgo de la interpretación. El que oye o lee un relato participa de un sentido que es siempre, inseparablemente, el del texto y el suyo propio.

Relatar, aprender a conocer a Dios, a confiarse a Él y actuar para vivir

En los evangelios Jesús explica algunas parábolas. Pero en la Biblia nos encontramos con relatos sin que su sentido sea descifrado por nadie. En el Antiguo Testamento se pide a los padres que cuenten historias a sus hijos para sugerirles el sentido de ciertos acontecimientos. De este modo Dios da a conocer lo que hizo por Israel. Lo encontramos por primera vez en el relato de las “plagas

de Egipto”. Dios explica la resistencia del faraón: “Yo los he puesto tercios, a él y a su corte, para realizar mis signos, para que puedas contar a tus hijos y nietos cómo traté a los egipcios, y los signos que ejecuté en medio de ellos; así sabréis que yo soy el Señor” (Ex 10, 1-2).

Dios prevé que los ritos que prescribe –cordero pascual (12, 26-27), panes ázimos (13, 5-8), ofrenda de los primogénitos (13, 14-15)– suscitarán preguntas “Y cuando el día de mañana tu hijo te pregunte: ‘¿Qué significa esto’, le responderás ‘Con mano fuerte nos sacó el Señor de Egipto’” (13,14). Cuando Israel entre en la tierra prometida de manera milagrosa, Dios pedirá que se levanten estas. Al verlas los niños querrán saber qué significan y sus padres contarán lo que Dios hizo por su pueblo al cruzar el Jordán (Jos 4,6-7.23).

En el Deuteronomio la transmisión de las leyes suscita preguntas (Dt 6,20-27). Cuando el día de mañana tu hijo te pregunte: “¿Qué son esas normas, esos mandatos y decretos que os mandó el Señor vuestro Dios?”, le responderás “Éramos esclavos del Faraón y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte; el Señor hizo signos y prodigios grandes contra Egipto, el Faraón y toda su corte. A nosotros nos sacó de allí para traernos y darnos la tierra que había prometido a nuestros padres. Y nos mandó cumplir estos mandatos, respetando al Señor nuestro Dios, para

nuestro bien perpetuo, para que sigamos viviendo como hoy.”

Comprender el espíritu de las leyes es conocer al que las ha dado y conocerlo es saber lo que ha hecho, la fidelidad a sus promesas y manifestar su potencia al servicio de la libertad de los israelitas, conduciéndolos a un país donde podrán vivir libres y en paz. Y les revela su benevolencia dando leyes que serán camino de felicidad y vida. La Biblia misma, pues, atribuye virtudes educativas al narrar historias del pasado y transmitir las. El salmo 78 es el que mejor lo expresa (v. 1-8)

1. Escucha pueblo mío mi enseñanza; prestad oído a las palabras de mi boca

2. Que voy a abrir la boca pronunciando sentencias, dejando brotar viejas adivinanzas

3. Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron;

4. no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la generación venidera: las glorias del Señor; su poder, las maravillas que realizó.

5. Él hizo un pacto con Jacob, dando una ley a Israel; él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos

6. Para que lo supiera la generación venidera, los hijos que nacieran después, y se lo cuenten a sus hijos

7. Para que pongan en Dios su confianza y no olviden las accio-

nes de Dios, sino que guarden sus mandamientos.

8. Entonces, no imitarán a sus padres, generación rebelde y pertinaz, generación de corazón inconstante, de espíritu infiel a Dios.

Notemos la insistencia en la transmisión ininterrumpida de un relato. Lo que se ha escuchado de los padres debe ser relatado a los hijos, quienes lo narrarán a sus descendientes (v. 3-4 y 5b-6). Este relato trata de Dios, de su potencia y sus acciones en favor de su pueblo; después trata de su alianza con Israel y de las leyes que le entregó para que viviera (v. 5). Pero también narra la respuesta contradictoria del pueblo: la fe, el recuerdo de la actuación divina, el respeto a la ley (v. 7); y, por otra parte, su falta de confianza (v. 8). De este modo aparece la benevolencia de Dios con su pueblo y las desgracias a las que conduce la infidelidad a la alianza. Los que oigan el relato aprenderán a apartarse de los errores y a vivir según la ley que conduce a la vida.

El relato es un medio para educar en una forma de ser y de vivir, a fin de construir una identidad y evitar que el olvido de la historia lleve a la repetición de errores funestos. Así cada generación tomará conciencia de que puede ocupar su lugar en la historia de un pueblo que ha caminado con estos relatos y con el Dios del que hablan. De ahí la importancia que estas historias sean “sembradas en la memoria de los niños”.

EL PODER DE LOS RELATOS

En el salmo 78, el relato de las obras de Dios puede provocar un sentimiento de admiración que nos hará confiar en Él; por el contrario la desgracia del pueblo infiel lleva a guardarse de lo que provoca el desastre.

El objetivo de un buen relato es provocar una reacción. Las reacciones tienen que ver con la emotividad y la afectividad, y el arte consiste en saber jugar con esos registros. Una historia cómica provoca risa y un cuento de terror, espanto. El suspense suscita miedo y esperanza –miedo de ver fracasar al héroe y esperanza de que triunfe– y la sorpresa provoca asombro cuando sucede algo inesperado. De ahí distintas reacciones, juicios positivos o negativos, reflexión, deseo de imitar, etc. Veamos dos ejemplos de la Biblia.

El relato del profeta Natán (2 Samuel 12, 1-6)

Asentado como rey en Jerusalén, David comete adulterio con Betsabé, la mujer de Urías que ha partido para la guerra. La mujer queda encinta. El rey hace volver a Urías e intenta que baje a su casa y duerma con su mujer, para que la gente piense que él es el padre del niño. Ante su negación reiterada, David ordena a su general, Joab, que el marido muera en una batalla. Muerto Urías, David toma

por esposa a la viuda, que da a luz un hijo. Para el rey se han salvado las apariencias. Pero Dios no es de esa opinión (11, 27). Le envía al profeta Natán que le cuenta una historia (12, 1-4): “Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes, pero el pobre no tenía nada sino una oveja pequeña que había comprado; la iba criando y crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico que teniendo compasión de sus ovejas y sus bueyes a la hora de invitar a su huésped, cogió la oveja del pobre y convidó a su huésped”. David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: “¡Vive Dios es reo de muerte el hombre que ha hecho eso! Y debe pagar cuatro veces el valor de la oveja, porque no tenía compasión.” Y Natán le dijo: “¡Tú eres ese hombre!”. David monta en cólera y condena a muerte a un hombre que ha cometido un simple robo, que no está penado con la muerte, sino con el pago del cuádruplo del valor de lo robado (Ex 21, 37). El relato provoca una fuerte reacción emocional en David, tan espontánea como sincera.

Natán comienza con una descripción sobria de los dos hombres. Viven en la misma ciudad, el contraste es llamativo. En apariencia la descripción es neutra. Pero lo

que cuenta y el orden de presentación no son neutrales. Al empezar subrayando la abundancia de ganado del rico se prepara para impresionar a David con la pobreza del que “no tiene nada”.

Reserva toda su atención para el pobre y su oveja —su “única, pequeña”, que ha tenido que comprar. El relato se detiene en la descripción de una escena conmovedora: la ovejita viene a ser un miembro de la familia (come, bebe, duerme). Compensa su pobreza con el apego a su oveja, “es para él como una hija”. El oyente no puede más que sentir empatía, ternura, para ese hombre y su ovejita.

Cuanto más se alarga Natán, más se entenece David y se pregunta qué le va a ocurrir al pobre y su ovejita. En una sola frase Natán relata el gesto del rico que se apodera de la ovejita para servirla a un invitado. El contraste entre el cuadro conmovedor y la brutalidad del rico la vuelve odiosa, porque rompe el lazo de afecto entre el pobre y “su hija”. Al narrar los gestos del rico en tono neutro y frío, Natán transmite la sensación de que actúa insensible al sufrimiento que impone a alguien que se ve privado de su único bien. Al no formular ninguna crítica, deja espacio al juicio de David. El rey denuncia con vehemencia esa injusticia y condena a muerte al “hombre que ha hecho esto”.

Natán no juzga al rico. Desvela lo que le mueve a apoderarse de la oveja del pobre, “tener compa-

sión” de sus rebaños de los que no quiere sustraer ni un solo animal para obsequiar al visitante. La avaricia y el egoísmo empujan a actuar con brutalidad e hipocresía. Según las palabras de Natán el rico “tenía compasión” de su ganado. Desde el punto de vista de David “no tuvo compasión” del pobre.

Natán manipula hábilmente a David para provocarle una reacción más afectiva que razonada. Una reacción fuerte, espontánea, de forma que no se da cuenta que es a sí mismo a quien juzga con una severidad apropiada.

La historia del “buen samaritano” (Lucas 10, 25-37)

El segundo ejemplo, del evangelio de Lucas, es la parábola “del buen samaritano”. Hay que leerla en su contexto para apreciar el papel que juega en la conversación entre un maestro de la ley y Jesús.”

“En esto se levantó un jurista y le preguntó (a Jesús) para ponerlo a prueba: ‘Maestro ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?’ Él le dijo: ‘¿Qué está escrito en la ley?’. El jurista contestó ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo’. Jesús le dijo: ‘Bien contestado. Haz eso y tendrás la vida’. Pero el otro, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ‘Y ¿quién es mi prójimo?’. Jesús le contestó: ‘Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos

bandidos; le desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino, y al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo, llegó un levita a aquel sitio y al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Y un samaritano que viajaba llegó junto a él y al verlo sintió compasión. Se le acercó y le vendó las heridas echándoles aceite y vino. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: ‘Cuida de él; lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta’. ‘¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos?’. Él contestó: ‘El que practicó la misericordia con él’. Jesús le dijo: ‘Pues anda, haz tú lo mismo’”.

Un especialista en la ley de Moisés pretende poner a prueba a

Jesús: a sus ojos ¿qué es lo que conduce a la vida en plenitud? Para un conocedor del Deuteronomio no ofrece dudas: es la ley (Dt 30, 15-20). Jesús lo remite a lo que él cree. Al devolverle la pregunta ha evitado su trampa. Al legista no solo le importa parecer “justo” (v. 29) sino que las cosas deben estar claras. De ahí su segunda pregunta: “Y ¿quién es mi prójimo?”. Jesús se lanza a narrar una historia, sin precisar si es real o ficticia.

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...” Si venía de Jerusalén debe tratarse de un judío. Jesús describe brevemente lo que los bandidos le hacen. Una descripción neutra, objetiva, sin detalles, sin pathos. No habla de los sentimientos de la víctima, de su angustia. Solo cuenta el estado en que lo puede ver la gente que pasa por allí. Son tres: un sacerdote, un levita y un samaritano.

Un sacerdote	bajaba por ese camino	y al verlo	lo evitó	siguió adelante
Igualmente también un levita	al acercarse al lugar	y al ver	lo evitó	siguió adelante
Y un samaritano de camino	llegó cerca de él	y al ver	sintió compasión de él de él	y se acercó...

Las dos primeras frases son muy parecidas (*‘omoiôds*) y sus finales idénticos. Los dos tienen en común que son funcionarios del culto. Su servicio consiste en honrar la primera parte del precepto: “amar a Dios” (v.27). Jesús no juzga al sacerdote ni al levita y no dice nada de lo que motiva su con-

ducta. El inicio de la tercera frase es como las anteriores, un hombre llega donde yace el hombre medio muerto. Aquí acaba el parecido. La reacción del samaritano es totalmente diferente, se acerca a él. Antes de mencionar este movimiento, Jesús desvela el motivo: se conmueve, se llena de compasión.

Jesús trata de provocar sorpresa en el legista. Para los judíos un samaritano es el enemigo por excelencia. El Eclesiástico (Ben Sira) es explícito: “Dos naciones aborrezco y la tercera ni siquiera es nación: los habitantes de Seir y Filistea y el pueblo necio que mora en Siquem” (50, 25-26). El legista no espera en el tercero una reacción diferente a las anteriores. ¡Esperará lo peor! Jesús se detiene en los gestos por los que se manifiesta la compasión del samaritano (v. 34). Empieza por lo más urgente, curar sus heridas y vendarlas. Después precisa que lo coloca “en su propia montura” para llevarlo a la posada donde sigue cuidando de él hasta el día siguiente.

El samaritano ha hecho todo lo que podía. No ha terminado, deja al herido en manos del posadero adelantando el pago de la convalecencia. El hombre ha sido despojado de todo y no tiene con qué pagar. Su benefactor no quiere que sea expulsado en cuanto él se vaya. Y se compromete a pagar el sobrecoste que la estancia del hombre pueda ocasionar. La generosidad del samaritano no tiene límites.

La sorpresa del legista ha llegado al colmo. Se refleja en la respuesta que da: evita pronunciar la palabra “samaritano” y sustituye el verbo “sentir compasión” por otro más neutro “practicar la misericordia”. Jesús reorienta la pregunta del legista para plantearla a su vez: “¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del hombre agredido?”

Con esta pregunta le obliga a cambiar su punto de vista. Le invita a amar no a partir del objeto (el prójimo del que habla la ley) sino a partir del sujeto, aquel a quien debe amar porque necesita un prójimo. No una ley que precise el prójimo, sino una disposición del corazón que le haga capaz de preocuparse por el necesitado.

El legista desea saber quién es el prójimo que debe amar para cumplir la ley. Jesús quiere hacer entender que lo importante no es saber quién es el prójimo sino amar a quien espera un prójimo que se preocupe por él. Al poner un samaritano, Jesús expresa que incluso un enemigo puede convertirse en prójimo. Jesús invita a superar la mentalidad legalista y penetrar en el espíritu de la ley. Después propondrá al samaritano como modelo: “Anda, haz tú lo mismo”.

¿Contar la Biblia hoy?

Natán y Jesús despliegan una verdadera pedagogía. Natán conduce al rey adúltero y asesino a tomar conciencia del crimen y a juzgarlo con lucidez. Jesús lleva al maestro de la ley a cambiar su forma de ver y a comprender el espíritu de una ley que cree conocer. Ambos narradores no juegan con la inteligencia de su interlocutor. Se esfuerzan en jugar con su afectividad. Natán provoca una justa cólera en David, mientras que Jesús sorprende al legista. Así es co-

mo educa a su interlocutor. El profeta abre los ojos del rey a una realidad que no quiere ver, despertando su sentido moral. Jesús provoca un cambio de perspectiva en el legista con una interpretación inesperada de la ley.

En el evangelio de Mateo, Jesús explica por qué habla en parábolas: “porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender” (Mt 13, 13). El objetivo de un relato es mostrar lo que no se ve, hacer entender lo que no se comprende (o no se quiere comprender). Un buen narrador juega con los sentimientos para superar la inteligencia racional. En un relato la verdad avanza enmascarada porque no es un mensaje general sino una verdad singular. El relato invita a ver la realidad de otro modo. En esto reside su carga educativa. Remitir al oyente a sí mismo, educarlo a otra mirada, despertarlo a su singularidad, darle el gusto de ciertos valores, o incluso iniciarlo en un camino espiritual.

El uso pedagógico de relatos bíblicos plantea dos ámbitos de preguntas. El primero afecta a los mismos relatos; el segundo a su aplicación con fin educativo.

En la Biblia, en particular en el A.T., los relatos no son fáciles de abordar por su contenido chocante o poco edificante. La tentación es seleccionar. Así, de Jacob, escogeríamos la escalera o la lucha con el ángel, dejando las páginas más escabrosas, como la que precede al “sueño de Jacob” (Gn 28,

11-22), en la que, empujado por Rebeca, engaña a su padre Isaac. Los relatos bíblicos no tienen por finalidad dar bellos ejemplos, no son moralizantes y sus narradores no juzgan sino que dejan al lector la tarea de apreciar sus acciones y conductas. En ningún sitio se dice que pretendan exponer modelos a imitar.

En el caso de Jacob, por ejemplo, los niños se reconocerán en uno de los dos hermanos, entenderán los celos o el odio que puede ocasionar el favoritismo de los padres y qué desgracias pueden provocar —la desesperación de Esaú, que quiere matar a su hermano, y la impotencia de Isaac. Podrán reflexionar sobre la envidia, los celos y el odio, los valores que están en juego. Y si se plantea en qué afecta esto a Dios, bastará ver que cuando Jacob huye, Dios le promete su ayuda. El Dios de la Biblia no espera a que uno sea perfecto para caminar con él y encontrar juntos el futuro.

Incluso los relatos de hechos violentos pueden tener virtudes educativas. La pasión de Jesús nos llevará menos a escandalizarnos de la maldad de sus adversarios que a admirar la fortaleza con que hace frente al sufrimiento por amor. Otro relato de violencia provocará sentimientos de horror y tratará de entender qué ha podido engendrar tal violencia, qué alimento ha encontrado y cuáles han sido las consecuencias. Con otra historia esperaremos que se mate a un malhechor y nos alegraremos

de que muera. No todo acto violento está necesariamente injustificado. Las reacciones emocionales pueden ser aliados para comprender la realidad humana y conducirnos a los valores y la ética. Incluso pueden llevarnos a una fe más lúcida.

Si se recurre al relato como medio que afecta al oyente en su emotividad, se plantea la cuestión del paso del “mundo” bíblico a nuestro “mundo”. Lo primero es entender el texto a partir de lo que sabemos hoy del medio cultural y religioso en el que fue compuesto, lo cual es indispensable para evitar contrasentidos y apreciar una estética que no es la nuestra.

La Biblia no fue escrita para ni-

ños o jóvenes. La primera pregunta no es “¿Cómo contar esto a un niño?” sino “¿Cómo me afecta este relato a mí, adulto?”. Después podremos plantearnos cómo rehacer la historia. Presentar el relato y sus personajes explicando y adaptando lo que deba adaptarse para que los oyentes no se sientan apartados de sus referencias habituales. Estimular su imaginación para hacerles participar del sentido de lo que se narra. Contarlo de forma que ponga a los oyentes en movimiento y les suscite las preguntas que plantea el relato bíblico. Contar una historia es un riesgo que se asume, cuyas consecuencias no se pueden medir por adelantado. ¿Acaso no es esa la suerte de todo acto educativo?

Condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.

Hoy se acusa a los cristianos de que no sabemos hablar de Dios. Y es que de Dios no se habla bien mirando las nubes ni contemplándose a sí mismo, ni dando latigazos moralistas, sino mirando a esta tierra sufriente y utópica.

JOSÉ I. GONZÁLEZ “¿Dios?” (Cristianisme i Justícia, n. 190, p. 27)